

# CHILOÉ Y LA REGIÓN DE LOS RÍOS.



EBEL BARAT

En Argentina el hombre de la frontera me ha dicho que en Chile sigue el lío, que están rompiendo mucho y que eso le va a hacer daño al país.

Lo que pasa es que no lo quieren a Piñera, y no se lo van a perdonar. Se han enterado de que no les da la salida a los bolivianos y que anda mal con los peruanos porque él mismo tiene negocios por ahí. Y si los ayudara se le terminarían, no va a ceder. Por eso se la tienen jurada.

Eso, más o menos, me ha dicho el hombre pequeño y fronterizo en la estación de servicio de Villa Pehuenia, antes de entrar en Chile por Icalma que hace honor al nombre.

¿Será que hay buen número de chilenos dispuestos a abrirle el camino del agua a los bolivianos?

¿Será que hay buen número de chilenos que quisieran la armonía con los peruanos?

¿Y con todos los sudamericanos?

¡A que sí!

Ésta, la del paso de Icalma, es la región de las araucarias, esos árboles fornidos y puntiagudos a los que no les ha gustado que los confundan con otros, tan exclusivos y tan fáciles de reconocer como son.

Más robustos y extendidos se presentan, hacia el oeste, adentrándonos en Chile, allí donde la lluvia llega plena y no a las esquivadas.

A las araucarias les agrada andar juntas, se diría que son gregarias, porque enseguida, más al oeste aún, desaparecen. No hemos visto a ninguna pasar absorta y solitaria.

Los buenos oficios suelen dar peores resultados que el efecto de los oficios propiamente dichos. En Pehuenia el hombre que se dispuso a reparar mi bicicleta no hizo más que dejarla peor.

—Mi papá tenía bicicletería y nos ponía a nosotras, a mi hermana y a mí, a emparchar. Yo odiaba emparchar, pero aprendí de chiquita. Después me fui a Estados Unidos varios años y me traje una hija, esa que usted ve, señala sonriendo.

—También me traje una platita y no sabía qué hacer cuando volví. No había taller de bicicletas por aquí así que tomé la decisión de poner uno, total ya conocía el oficio. Y me hice la casita.

—Alcanza, no es que sobre el trabajo, pero alcanza bien, agrega.

En Melipeuco, después de las solemnes araucarias la mujer un poco entrada en carnes, morena, dispuesta, y aún joven, la dejó impecable. Y eso que tuvo que reemplazar y agregar eslabones en la cadena. Además de rendirse de nuevo a la ceremonia de los parches.















Baja.

Como la comunidad del susurro y como los yacimientos de la tibieza.

Bajos el vegetal y las casas que siguen erigiéndose de tenaz madera crujiente. Baja como el áspero sacrificio de las manos y la contemplación de los ojos viejos. Bajas las lentas reflexiones del ganado y el recuerdo de los volcanes. Baja como giba lerda hecha a la ráfaga del frío.

Baja y segura desde Ancud, la resistente, hasta el faro cuerpo a tierra. Y hacia el sur donde Castro espera a catedrales. Baja en la gentil indicación del paisano a los viajeros, humedecido en el camino por la llovizna errante y tierna como la sencillez.

Así vuelve a presentarse la isla del sur, tan fuerte a ras de tierra, tan honda de cielo. Así va yendo, sin excrescencia dura, sin arrogante rascacielo. Confiada de chilotes tranquilidades y de pobreza. Segura y subversiva en el mensaje de las paredes. Digna de madera. Indigna de alcohol barato y de la falsa fraternidad de sus borrachos. Consciente de lo que pasa en el país que ha crecido solamente para algunos, los asustados y correctos, los escandalizados. Listos para la abyecta coartada de la beneficencia, esa tradición de la mezquindad y el miedo.

Hulda, de nombre alemán y de linaje revuelto dice "suerte con el nuevo gobierno en la Argentina" Uno de mis apellidos es Lynch... Y nosotros sonreímos con dos V de la victoria.























Palafito es una palabra que le gusta repetir a los viajeros. E implica vivir sobre pilotes. Bien podrían llamarse zancudos, por los zancos y por cuadrados, pero alguien se adelantó con ese nombre para los mosquitos.

En Chile, esas viviendas aéreas son el producto de aquellos a los que les tocó vivir sin tierra debajo y afrontar, entonces, los riesgos del mar salvaje. El metro cuadrado de aire sigue siendo gratis. Ahora muchos son departamentos y hoteles chic. Suele pasar: lo popular como sustrato de lo exclusivo. Piénsese en la Alfama de Lisboa, en la Barceloneta, en La Boca de Buenos Aires, —ojalá que pronto en la Villa 31—, en Pichincha de Rosario.

Allí se expresan las bellezas que ofrece el barrio bajo donde cunden los folclores más genuinos, de los que Saura sabe mucho.

Alberto es grande, un poco entrado en kilos y parece haber decidido abocarse exclusivamente a su trabajo de mozo. Es culto, de buena conversación, y enamorado de la receta de los gustosos platos. Desliza que no vive solo como yo hubiese asegurado, sino con la madre.

La música discurre por éxitos americanos de los ochenta. Junto al mar taciturno de la primera oscuridad en Castro, los piscos sour de murta que él distribuye con satisfacción son de su propia factura.

Hablando de folclores, Alberto dice que ama el tango. Los piscos, que siguen con su encubierta faena, alientan el aporte de los viajeros con el show de baile cuyo fermento es el afecto al género del bajo fondo. Los clientes comprometen un cerrado aplauso.



—Vuelvan mañana que preparo el escenario.

Todos sabemos que segundas partes nunca fueron buenas. Y que no hay que abusar del pisco.

En Castro hacemos correr el curanto que está succulento de chorizo, de cerdo ahumado y de milcao, y que, esta vez, viene dispuesto y abierto de valvas. No hay que pelearse contra cholgas y contra almejas como en aquél de Angelmó, en Puerto Montt, tantos años atrás, cuando no había forma de abrirlas para que nos entregaran su tesoro, y mi hermano y yo andábamos queriéndolas forzar mientras nos trabajaba el vino tinto. Hasta que, al fin, volvimos borrachos y vencidos sin deleite de mariscos.

Aquí en Castro llegaron siempre humeantes, disponibles, atisbando detrás de las rendijas de sus cóncavas fortalezas. Qué alegría cuando apareció la fuente con su torre de mariscos como pedestal de los terrestres alimentos.

















Arrecia la tormenta de Quellón, plana y heroína ciudadela del confín.

Allí empieza —o termina, como me ha dicho el buen amigo de aquí—la carretera austral. Cabo de Roca en Portugal o Finisterre en España. Punta Dungeness o Cabo de Hornos o....

¿Qué sugieren esos puntos que representan los extremos? ¿Simbolizan, quizás, lo finito, lo que fatalmente se termina? ¿Qué, en verdad, es lo que existe: lo finito o lo infinito? ¿Es que existen ambos: lo ilimitado y lo agotable?

Lo cierto es que vamos a ver eso que llaman el inicio de la ruta del sur, la punta del carretel. Ese itinerario que se hará recorrer por bosques y chubascos, por nevadas y bichos graves, por rugidos y mudeces, por gotarios interminables.

El modesto monumento que da la espalda al océano del frío representa el comienzo y de desde allí se irá desenrollando la cinta del asfalto.

Aquí en Quellón no nos van a dejar subir a la barcaza que debería llevarnos a Chaitén porque los pescadores han tomado el puerto. Quieren devolverles la atención a sus colegas de Aysen que los han acusado de dejarlos sin erizos y los han hecho castigar con el reparto de las aguas. Lo cierto es que no sale nadie de Quellón hacia Chaitén.

— Y que se jodan si se les achica el comercio.

Lamentamos no quedarnos esa noche en el mítico “Mitos” del confín, que es tan posada como mesón de la tibieza, con sus ventanitas modestas, con su calor de pitanza, achaparrado y amigo frente a la brusquedad de los vientos que parecen obsesionados con Chile por estos días.

Son los vientos del Pacífico y son los otros: los sociales, que sacuden intranquilos las calles de Santiago.















## “HITO CERO” FIN DE LA CARRETERA PANAMERICANA

**ESTADO de ALASKA  
“ANCHORAGE”**

**CHILE  
\*  
QUELLÓN-CHILOE  
“HITO CERO”**

**En Quellón, Chile, se inicia el más importante nexo vial que como cordón umbilical de 22.000 km. Une las tres Américas. Esto es el HITO CERO.**

**Inicio o término de la Carretera Panamericana que cruza 12 países, pueblos y culturas diferentes, terminando en Anchorage, Alaska.**

**CANADA ESTADOS UNIDOS MEXICO GUATEMALA HONDURAS EL SALVADOR**











En las termas de El Amarillo volvemos a repasar la brusquedad de los vientos sociales que arremeten sobre Chile. Tal vez venimos predispuestos, más atentos que otras veces a la pobreza, a la indignidad de la miseria. Y es cierto, se le nota, a Chile se le nota la deuda que deberían pagar los poderosos para que no se les llene el país de implacables alienígenas (primera dama dixit).

Las termas consisten en dos piscinas bajo la fronda refrescada por la llovizna cortante. Es bueno estar debajo de las múltiples patas de la selva, de las picaduras de esa lluvia metidos hasta el cuello en el agua volcánica.

En las termas de El Amarillo estamos repasando vientos cuando la delicada mujer nos dice que fueron los estudiantes los que encendieron la mecha. ¿cuándo no?

El apoyo y el cansancio de la gente se deben a dos causas nos dice la señora: en primer lugar, a las AFP que se quedan con el dinero y que dejan a la población con pensiones de hambre, porque no asumen sus pérdidas en los negocios que se montan, y, en segundo, la carga insoportable que significa pagarse una carrera universitaria. Todo a pura deuda, tan difícil de afrontar y que parece ser la nueva manera de conseguir esclavos.

Mire lo que han hecho los poderes y sus gerentes con modales de señorito en tanto país, completa la mujer.

Su esposo agrega que, lamentablemente, de nada valen las manifestaciones pacíficas ya que nadie les presta atención y que solo los saqueos y el vandalismo parecen conmoverlos porque les rompen la armonía.

Tal vez es momento de hablar de la selva Valdiviana. No sé cuántas selvas del frío se repartirán en el planeta. Ésta se desborda de helada fronda oscura, de silencios que a veces hipan, de solemne melancolía, de grandeza estupefacta.

Desde la altura se precipitan las flacas cascadas y debajo la marisma y el atrincherado mar esperan, siempre desde lejos.

—Aquí no se preocupe en esperar a que haya buen clima, se le va a pasar la temporada, súbase, nomás, al volcán y sepa que ése creció doscientos metros en la última erupción.

Así digo que nos dice el hombre petiso que se escapó de la polución de Santiago para vivir en estas soledades cuando nos aconseja acerca del Chaitén que asoló tanta ganadería y en tantísimo territorio.



















Llueve y llueve. No debería hacer falta decir que es verdad los que se lee en los registros de Neruda.  
—Se crían en el campo y en el invierno solamente encerramos en los galpones a los más débiles. El resto se las aguanta afuera.

—¿Qué raza es la que se ve más, la overa digo?

—Overa colorada

—¿Así se llama?

Sí, o Clavel, me dice Reimundo Gabriel Moya Villanueva. y a mí me suena demasiado florido —el nombre de la raza vacuna, quiero decir.

Así parece que se llaman esas vacas y esos terneros robustos, rozagantes y tranquilos. No recuerdo haber visto toros, pero claro que habría ¿si no...?

Mañana detendré el vehículo en la ruta para preguntarle a un fornido ganadero que bajo la llovizna ordenará los corrales cuál es la raza. El hombre desde el caballo y sumido en el olor de la humedad y el estiércol —entrañable perfume para registros y recuerdos propios— también me dirá Clavel. Y yo pensaré que es un nombre campero.

Pero Google ratificará que es correcto. Clavel está bien entonces y agrego que es la Rotbunte alemana según leemos. Un estudiante envejecido sepan disculparlo podría confundirlos con la Fleckvieh o Simmental suiza.

—No castramos a los terneros, pero antes del invierno los enlazamos o los pialamos para ponerle producto y listo, sigue Reimundo.

—¿Y cuánto pesan cuando hacen el trabajo?

—Cien, algo menos.

—¿Y las vacas, cuando las venden?

—Seiscientos.



Me pregunto si eso no es alarde ganadero. Pero después he de mirarlas y decirme que sí, que pesan eso. Aquí se toma mucho mate agrega Reimundo Gabriel Moya Villanueva. Y se baila el chamamé.

—¿El chamamé?

—Sí el chamamé.

—¿De verdad? Bailate uno.

Reimundo va contento con la dueña del boliche (¡un pub en Chaitén!... por cierto el único, y retirado como en las películas francesas) y juntos hacen repicar los pies suaves con saltitos triplicados en el juego que es igual a lo que ocurre en Corrientes. Y esto es el Chaitén en la región de los Ríos.

Angélica Pamela Soto Pineda baila ágil y dispuesta. Él parece interesado. Nos han dicho que son amigos. ¿Qué significa tanto nombre? ¡Cuánto de España aún hoy! ¿A qué se debe esa aristocrática eufonía?

El Chaitén es un nombre mapuche como casi todos por aquí. Significa “colar en chaivas” que son canastos y parece metáfora de la lluvia finita que, siempre, se está colando desde el cielo. Pero Chaitén nombra además al pago de Vulcano donde se amasa la rabia de la tierra que, de vez en cuando, pierde el control para soltar su asesina incandescencia. El volcán explotó en 2008. Pero tuvo a bien avisar tres días antes. En tres días evacuaron todo con los barcos.

—La gente se fue con lo puesto. No había tiempo para llevarse nada. Yo me fui en el último barco. No quedó nadie. Nadie. Y el volcán se llevó todo.

—¿Todo?

—La mitad seguro. Hasta aquí arriba no llegó. Pero, ¿ve el bajo donde están las casas? Allí tapó todo.

—¿Y cuándo volviste?

—Yo fui de los primeros. A los dos años porque vivo en el campo, con mis primos y mis hermanos.

—Y los animales.

—A nosotros nos mató cincuenta, dice Reimundo Gabriel Moya Villanueva y hay que buscar bien atrás de su rostro para ver la huella de la amargura.

—¿Cómo fueron reconstruyendo?

—La gente se organizó. Todos ayudaron y ya ve, casi ni se nota.

















Hospitalidad es un poco de comida, un poco de lumbre y un infinito silencio, dice, tal vez, Emerson. Aquí, en la plazuela de Puyuhuapi, me atrevo a agregar al horizonte de este mar brumoso y a la pertinacia de la llovizna, que tanto invita a los adentros como bendice la Selva Valdiviana, copiosa y, sin embargo, opuesta a la opulencia.

El hombre es de aquí y como tantos conoce la madera. Es por eso que se fue a trabajar donde hay mucha y de otra clase. A la Amazonia Peruana, al final del país frente a la alucinación del río sin tamaño. Y ha vuelto acompañado de —quisiera decir, se trajo a— una mujer más joven, alta, mulata, casi mulata y dulce, con la que construyeron las cabañas. Me cuenta que —ahora sí— no se trajo ninguna enfermedad de la selva, aunque le sacaron gigantes larvas de zancudos del interior de la espalda.

—Antes yo cruzaba a Esquel porque trabajaba para una compañía ganadera chilena. Eran dos días al trote, cortando camino, por la pampa. Por ahí arriábamos los animales.

Un hombre inquieto que también ha querido ver mundo, tengo para mí. Sus cabañas y el jardín de la señora rebosan calidez y colorido.

El glaciar colgante está emperrado en no dejarse ver bajo el vellón sombrío de la bruma. Hace frío en el gomón.

—Para mí que el glaciar ya no existe. ¿Viste que las fotos son de hace cincuenta años?

—¿Cómo no va a existir si tienen montado todo un sistema alrededor de él?

—Aquí no sale el sol y nadie lo ve nunca. Es un curro, te digo

—¿Y cuando sale el sol qué hacen? ¿Suspenden por mal tiempo?

Recuerdo que en una crónica de las tierras —y las aguas— de Escandinavia, me animé a glosar sobre esas formaciones que damos en llamar fiordos. Y es claro que aquí, casi en el otro extremo del planeta vuelven a manifestar el hechizo que les brinda el silencio, la estrechez y la profundidad en los que comulgan los cerros y las aguas. Y no digo montañas porque creo que son los cerros los que agregan recodos, desvíos, ramificaciones que parecen darle otra escala en el flaco cuerpo de Chile. Adjúntense los prados, la ganadería, los coloridos ríos y —es obvio— la gente, y tal vez se pueda comprender el paisaje amable, suntuoso y puro de estos lugares. Se hace difícil concebir al mar jugando así, con decir contenido, con cariño suave, explorando la intimidad del territorio.

¡Si parecen lagos! Y hacia allí van los ríos umbrosos con su caudal que pule piedras, apenas resollando.

En algún remanso llegan a dormir las embarcaciones como los corderos al establo. Pero ellas sí que saben de lejanías.



















Baño nuevo. O...Paso Viejo, o..., no recuerdo. Por ahí nos vamos yendo y a través de los pedregosos caminos donde todo ha dejado de ser abrupto, salvo la aridez enseñoreada en la pampa alta que toca cruzar ahora.

Los hombres de los solitarios puestos fronterizos—más puntillosos en la requisa los chilenos, por cierto— nos tratan bien. No como el tramo desde el destacamento de Gendarmería Argentina hasta la bendición de Alto Río Senger que debe quedar en otro planeta porque es la primera vez que escucho el nombre. Mucha piedra y soledad hasta Alto Río Senger. Mucha invocación al generoso corazón de la camioneta que nos lleva y que, como de costumbre, hace gala de su disposición y su cariño.

Mientras vamos por ese difícil camino pensamos en el amigo de Puyuhuapi, —aquel de las cabañas y la Amazonia— que por aquí andaría sumido en la letanía del trote largo, y a veces a lo gritos, con su caballo en medio del tráfico de reses.

—Por ahí pasaban el contrabando, por ahí pasaban los indios y los fugitivos, me dijo esa tarde. Por ahí —agrego— pasaron sus huesos y sus reflexiones. Y estos menudos recuerdos como testimonio de ese grato encuentro que ha de ir alejándose siempre, aunque alguna vez nos hayamos atrevido a decir: “todos los hechos siguen ocurriendo”

Valga esa esperanza.







